



Los gaditanos se manifiestan en el Día de Andalucía.

## LA AUTONOMIA ANDALUZA Y LOS INTERESES DE CLASE

JOSE AUMENTE

**L**A celebración el pasado día 4 de diciembre del Día de Andalucía ha demostrado palpablemente cómo los intereses de clase se encuentran implicados, y ello muy claramente, en la autonomía de nuestra región. Simplemente el dato de quienes han protagonizado las manifestaciones masivas, y quienes se han abstenido, cuando no actuado en contra con evidentes provocaciones, revela por sí solo, a qué clases sociales efectivamente interesa la autonomía. Y entonces la conclusión es definitiva: son las clases populares, los trabajadores en su conjunto, los que han participado masivamente en los actos; son las fuerzas de izquierda y no las de derechas, las que se han movlizado. Por el contrario no se ha puesto en evidencia la existencia de una burguesía andaluza a la que verdaderamente le interesa la autonomía. Así, pues, todo ello reve-

la que la autonomía andaluza es un tema político que, como todo tema político, entra de lleno en la dinámica de la lucha de clases.

Se trata de un aspecto del problema sobre el que sería importante que tuviésemos ideas claras.

Para intentar iluminarlo, en la medida de mis posibilidades, me vais a permitir unas consideraciones previas. Son las siguientes:

La Humanidad no se divide solamente en clases, que, como sabemos, es una división estructural a nivel universal, y que procede del lugar que ocupan los hombres en las relaciones de producción, sino que también se divide en pueblos. Y los pueblos son colectividades diferenciadas por las específicas condiciones en que se realiza la producción. Es decir, que los pueblos existen porque más allá y en otro plano al de las relaciones de producción, también se dan unas condiciones de pro-

ducción como son geográficas, climáticas, étnicas, históricas, idiomáticas, etcétera. Como ha estudiado Bojorov, en "las condiciones de producción tenemos un punto netamente materialista de la cuestión nacional". De este modo, Francia es distinta a Alemania, pongamos por caso, no en el modo capitalista de producción —en sus relaciones de producción— no en su estructura de producción, que es idéntica, sino en las condiciones (naturales, sociales, culturales, históricas) en que la producción se realiza.

Por otra parte —y en esto sigo las ideas de Bojorov— la lucha de clases adquiere vigor cuando hay una contradicción entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las relaciones de producción. Mientras que la cuestión regional-nacional se pone de manifiesto cuando se agudiza la contradicción entre el

desarrollo de las fuerzas productivas y el estado de las condiciones de producción.

Es decir, la lucha de clases se centra en la posesión de los medios de producción. En cambio, la lucha "nacional" se centra en la posesión material de los organismos sociales, aquellos que determinan las condiciones en que tiene lugar la producción. Estas constituyen el patrimonio de una colectividad (la posesión de sus condiciones de producción): materiales —territorio— y culturales —idioma, usos, costumbres—, etcétera).

Ahora bien, una clase existe en sí misma, aunque no tenga conciencia de tal. Y una clase toma conciencia de clase, cuando comprende dónde están sus intereses generales; es decir, cuando rebasa sus intereses inmediatos materiales, puramente reivindicativos y se inserta en la lucha política. Aque-

## LA AUTONOMIA ANDALUZA

lla sería la "clase en sí", y esta otra la clase "para sí", de algunos autores. Pero se usa el mismo término de clase, aunque exista esta diferencia cualitativa.

En cambio, cuando un pueblo, que es, como hemos visto, una colectividad que posee las mismas condiciones de producción, experimenta una concienciación de su común parentesco, basada preclaramente en esas iguales condiciones —entre ellas, y muy en primer plano, su común pasado histórico— ese pueblo se llama "nacionalidad". O sea, cuando comprende dónde están sus intereses como pueblo. Cuando tiene un proyecto político de acción.

¿En qué circunstancias se encuentra el pueblo andaluz? Nadie puede negar la personalidad de nuestro pueblo, determinada por unas condiciones de producción configuradas históricamente. Estas condiciones de producción están constituidas por un conjunto tan complejo de elementos como pueden ser nuestras costumbres, nuestro hábitat, nuestras tradiciones, nuestra cultura popular, nuestro arte propio, nuestro clima, nuestra geografía, incluso nuestra forma de entender lo religioso. "Ser andaluz" tiene la suficiente entidad como para definirnos como pueblo. Quizá nos falte una etnia pura y un idioma propio. Pero nos basta y nos sobra con el resto de las condiciones que nos son propias. El andaluz es, no hay duda, un pueblo perfectamente definido.

Pero también es cierto que este pueblo no tiene, hoy por hoy, la suficiente conciencia de sí como para constituir una "nacionalidad", como para saber en dónde están sus intereses generales como pueblo; porque carece todavía de un proyecto político de acción. El pueblo andaluz lo que sí se encuentra hoy es en trance de ir recuperando la conciencia de su identidad, la conciencia de cuáles son las condiciones en que se desarrolla su producción. Y en este camino, hay otro aspecto del problema que para nuestro pueblo es fundamental, puesto que incide agudamente en su propia lucha de clases. Me refiero a lo que se puede llamar "estructura productiva" de Andalucía.

¿A qué se llama estructura productiva? Se llama así a su realidad económica concebida como un "sistema" en que más importante que las partes son las relaciones entre estas partes. Pues bien, esta relación entre las partes revela que Andalucía es una economía distorsionada y una economía dependiente. Del cuadro macroeconómico de Andalucía occidental (tablas Input-Output) realizado por Rodríguez Alcalde y Titos Moreno, se deduce, entre otras cosas, las siguientes conclusiones:

1.ª Las escasas relaciones de

dependencia intersectoriales, lo que implica excesiva dependencia de otras regiones.

2.ª La existencia de muchos salarios y beneficios en el sector servicios.

3.ª La enorme dependencia de las importaciones del sector industrial.

4.ª La falta de industrias regionales para el abastecimiento de la producción agropecuaria.

5.ª El desarrollo de las industrias alimentarias está dominado por el capital extranjero y las multinacionales.

¿Qué significa todo esto? Significa que el modelo de transición al capitalismo que en Andalucía se ha producido se corresponde exactamente con el denominado "periférico" o "dependiente". Ello supone que las formaciones centrales más desarrolladas exigen su utilización como mercado, exigen su mano de obra barata, exigen unas fuentes de materias primas. Esto es lo que implantan en las zonas menos desarrolladas, en las zonas periféricas, dependientes o marginales. En nuestro caso, Andalucía. La agresión central bloquea toda posibilidad de desarrollo de una base industrial autóctona. Por otra parte, este capital exterior agresor, siempre se alía con los sectores de la burguesía agraria y la nobleza terrateniente interiores, frente a todo intento de un nuevo capital industrial interior. Es decir, el capital extraño distorsiona la estructura productiva de la región y ahoga toda posibilidad de industrialización propia. Los ejemplos históricos en Andalucía son elocuentes. Los intentos de industrialización del plomo en Almería, los altos hornos de Sevilla y Málaga, que en 1844 producían el 85 por ciento del hierro colado español; la industria textil iniciada en Málaga, etcétera, todo fue ahogado y llegó a desaparecer, mientras las grandes compañías inglesas y francesas de Riotinto, Tharsis, Peñarroya, Alquífe esquilaban nuestros recursos naturales, llevándose el producto bruto para ser beneficiado en los países de donde procedía el capital. En definitiva, el desarrollo capitalista crea periferia y subimperialismos a niveles nacionales, entre Estados, pero también dentro del mismo país. Y entre nosotros, Andalucía constituye colonia interna de nuestro capitalismo.

¿Qué consecuencias tiene esto en el hombre trabajador andaluz? Pues, sencillamente, que con la actual estructura agraria, el 70 por ciento de la población activa del campo andaluz está formada por obreros asalariados, en su mayoría eventuales; que sea casi imposible que tengan trabajo permanente unos 420.000 asalariados del campo (jornaleros) ni 250.000 pequeños propietarios que precisan trabajar fuera de su explotación. La eventualidad, el paro, la emigración son las consecuencias, y para mayor inri, precisamente en

las zonas de agricultura más próspera (donde se cultiva el algodón, la remolacha, el olivo o la vid) es donde su agudeza es mucho mayor. La causa es conocida: la irracionalidad de la explotación de nuestra tierra; la dualidad latifundio-minifundio; los condicionamientos histórico-económicos de nuestro subdesarrollo; el carácter dependiente y periférico de nuestro capitalismo.

Importa mucho que el pueblo andaluz sea plenamente consciente de todo esto. Que además de las condiciones de producción, que como hemos visto dotan de personalidad propia a nuestra región, sepa que existen unas estructuras productivas que son distorsionadas, dependientes, periféricas, y que todo ello es así, porque lo necesita el propio sistema capitalista para que funcione y crezca. De aquí esa gran consecuencia, que no debemos cansarnos de repetir, de que Andalucía, dentro del capitalismo no tiene solución. Y de la necesidad de cambiar sus estructuras productivas, de caminar hacia un nuevo modelo de sociedad.

En este contexto, la lucha por la autonomía de Andalucía hemos de enmarcarla, pues, en la óptica de un primer paso —paso, por otra parte imprescindible— en el largo y difícil tránsito a una sociedad socialista. Y esto no es una afirmación gratuita, sino que se fundamenta en que nuestra estructura productiva, y nuestras condiciones de producción exigen, como hemos visto, que una autonomía que sea tal necesita configurarse como poder popular-democrático o no será nada.

¿Y por qué esto ha de ser así? Esto nos lleva como de la mano a otro aspecto del problema, cual es el de los intereses de clases que siempre se hallan insertos en todo tipo de autonomía. Analicémoslo, aunque sea someramente.

Para la gran burguesía —el gran capital—, Andalucía no tiene más valor que el que representa ser un punto de apoyo para acaparar o conquistar plusvalía con que formar parte del capital central agresor. No puede, por lo tanto, ser "andalucista" y mucho menos autonomista. Sencillamente porque el mayor golpe que se le puede asestar hoy a la burguesía dominante en Andalucía es el de romper los lazos que le unen, en virtud del mecanismo de su capitalismo dependiente, a la burguesía central. Es un cordón umbilical que le es vital. Un poder andaluz que intentase en serio reestructurar nuestra economía no podía sino herir de muerte el círculo de sus intereses dependientes. La contradicción principal que podemos encontrar en nuestra burguesía dominante —que es la alta burguesía agraria, la alta burguesía comercial y financiera, puesto que no existe una burguesía industrial autóctona— es la existente entre el territorio en que apoyan sus

recursos y la ligazón exterior, que da sus plusvalías han tenido que hacer. Es una contradicción para ellos insalvable. Es la contradicción de que no pueden ser objetivamente andaluces sin que, con ello, al mismo tiempo, no perjudiquen sus intereses. En esta contradicción hay que ahondar, y en ella han de incidir las fuerzas que luchan por el cambio.

Como decíamos anteriormente, la autonomía no es ni puede ser ajena a los intereses de clase. De aquí que debemos preguntarnos a continuación qué ocurre con la mediana y pequeña burguesía. Es decir, la autonomía, ¿perjudica o beneficia a sus intereses? ¿Amplía efectivamente su mercado de consumo?

La injerencia, o mejor, la invasión del capitalismo extraño, el capitalismo central, que por una parte impide o aborta toda posibilidad de capitalismo industrial autóctono —recuerdo los intentos fallidos en Málaga, Almería o Sevilla— y por otra parte se apropia del propio mercado interno (la invasión de los Hiper, Simagos o Galerías son sólo su expresión más flagrante) hace que esta clase se halle materialmente interesada en la consecución de una auténtica autonomía, que, con poder propio, pueda imponer unas más favorables condiciones de mercado.

Ahora bien, la mediana y pequeña burguesía es una clase muy sensible y temerosa a los peligros de cualquier convulsión social. Su Dios es el orden, y se aferran firmemente a la precaria propiedad que pueden perder. Incluso en su esquema de valores, más que ganar temen perder. No arriesgan a largo plazo, sino a resultados inmediatos. De aquí la posibilidad, siempre presente en estas clases, de que se dejen penetrar por las ideas simplistas que sobre la Patria pueda inculcarle la ultraderecha, siempre que vean en mayor peligro su ya precaria situación económica. La pequeña y mediana burguesía es la clase potencialmente más expuesta a fascitizarse. Hay que andarse con mucho cuidado para que no antepongan a sus intereses a largo plazo —a sus intereses generales que están ligados a la autonomía— aquellos otros que son primarios, inmediatos, defensivos y dependientes de circunstancias exclusivamente coyunturales —como pueden ser huelgas, manifestaciones, cualquier convulsión social, algún posible deterioro del orden público—. Ante estos factores coyunturales, insisto, estas capas sociales son muy sensibles. Y entonces pueden dejarse dominar por falsas y simplistas ideas sobre la "unidad de la Patria", la cual en ningún momento puede ni debe estar en entredicho, si el tema de las autonomías se enfoca y se lleva con la objetiva serenidad que debe plantearse. Entonces levantan el estandarte del separatismo, como hemos visto en estos días, a raíz de



Incidentes en las calles de Málaga tras el entierro del joven comunista Manuel José García Caparrós, muerto durante la manifestación del día 4.

las lamentables convulsiones que siguieron al 4 de diciembre.

Y por último, es la clase trabajadora en su conjunto la que está más objetivamente interesada en la consecución de la autonomía para Andalucía. Veamos.

En primer lugar hay que desterrar el error, muy profusamente propagado, de que los intereses generales de los trabajadores están por encima, y no tienen relación alguna con el problema "nacional"; que los intereses de clase no tienen nada que ver con los intereses regionales o autonómicos. Y esto no es así. Ninguna clase social se encuentra fuera de las condiciones de producción, y ninguna clase social se encuentra fuera de la estructura productiva vigente (capitalismo dependiente). Y ambos son factores que determinan las características de nuestra Andalucía.

Si para los grandes terratenientes Andalucía tiene el valor de la propiedad del suelo y de sostén de su poder político; si para la gran burguesía tiene el valor de ser un punto de apoyo para ligarse al capitalismo exterior, y para la clase media y pequeña burguesía tiene el valor de un mercado de consumo, para el proletariado tiene, por otra parte, el gran y supremo valor de ser —o al menos, debía ser— su lugar de trabajo. Y digo debía ser, porque en Andalucía, desgraciadamente, no es así. Ahí tenemos el millón y medio de emigrados,

Esto es evidente: el primer interés de todo trabajador es el de encontrarse con un puesto seguro de trabajo. Sólo cuando ya tiene asegurado este puesto de trabajo, sólo cuando ocupa un lugar afianzado en la producción, es cuando toma verdadera conciencia de clase y cuando está en condiciones de luchar políticamente por los intereses generales de su clase. Mientras tanto, y como Marx mismo reconoció, el interés más inmediato de los trabajadores es el de una competencia entre los propios trabajadores, o sea, la competencia por el puesto de trabajo. Y en tanto más débil y problemática sea su situación en ese puesto de trabajo, menos margen de posibilidades tiene su lucha contra el capital.

El problema lo hemos visto claramente explicitado en nuestra Andalucía. Entre nosotros, la secular lucha de los trabajadores, y más en el medio rural, se ha caracterizado por la consecución de un puesto seguro de trabajo. Se ha tratado y se trata simplemente de sobrevivir. Y esto es anterior a la propia lucha de clases. La emigración no es otra cosa que una renuncia o un "no ver" la lucha de clases, y optar por la vía individualista y personal de resolver fuera, en otra tierra, donde sea, en Cataluña o en Holanda, su propio problema familiar. Pero se trata, insisto, de una solución individualista, evasiva, personal, cuando se ha perdido toda la fe —y toda

posibilidad— en una lucha colectiva.

Conviene, por tanto, que esta idea la tengamos clara. La verdadera conciencia de clase se adquiere en el propio curso de la lucha dentro ya de un proceso productivo, de unas relaciones de producción, y no cuando se está fuera, en busca todavía de ese lugar en la producción. La conciencia de clase, entre los trabajadores andaluces, puede encontrarse, pues, aminorada u obstruida por esta necesidad primera de encontrar un puesto seguro de trabajo en nuestra región. Si este estuviese, por el contrario, garantizado; si el millón y medio más de trabajadores, precisamente los más jóvenes y más valiosos, estuviesen insertos en nuestra vida productiva y no fuera de ella, en Cataluña o Alemania, no hay duda que muy otras serían las perspectivas de la lucha de clases de Andalucía. Por el contrario, lo que sí está a flor de piel, y es muy fácil adquirir por la clase trabajadora andaluza, es una firme conciencia "nacionalista-andalucista", en cuanto esto supone lucha por conseguir un territorio en que poder trabajar.

Como es sabido —y esta es la otra cara del problema— la conciencia nacionalista aparece también, fácilmente a brotar, en las regiones o naciones que reciben obreros inmigrados, es decir, en aquellas regiones y naciones en que el trabajador se ve obligado a proteger su puesto nacional de tra-

bajo frente al que viene de fuera. De aquí que, como dice Borjov: "La conciencia de clase no puede desarrollarse normalmente donde el problema regional-nacional aún no está resuelto", porque interfiere en ella.

Todo esto nos lleva a la siguiente conclusión: la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción provoca la lucha de clases: la de la clase oprimida contra la clase dominante. Ejemplos históricos son la lucha de la burguesía contra la clase feudal en la Revolución francesa; la de la clase trabajadora contra la burguesía, en el capitalismo actual. Pero la contradicción entre las fuerzas productivas y las condiciones de producción, provoca una lucha de liberación "nacional", de liberación como pueblo, en la que pueden y suelen verse implicadas amplias capas y sectores de la población. Se trata, entonces, de una lucha de liberación como pueblo. Es entonces un pueblo entero el que quiere romper aquellas estructuras y estas condiciones, que están agarrando su vida productiva. No se trata, por lo tanto, y hoy por hoy, de un ataque frontal a las relaciones de producción, pero sí supone un combate previo que desbroce el camino.

Lo importante, tras todas estas consideraciones, es que nos esforcemos porque nuestra conciencia política sea lo más lúcida posible. Todo lo que sponga oscurecimiento de la misma, o desenfoque en alguna de sus perspectivas posibles, puede resultar tremendamente nocivo. Desenfoque que puede conducir a una "demagogia regionalista o nacionalista", pero también, qué duda cabe, a una "demagogia de clase". Por el contrario, para que todo planteamiento político sea correcto, necesita partir no sólo de las relaciones de producción vigentes —el lugar que se ocupa en la producción—, sino también, por un lado, de la estructura productiva, y por otro, de las condiciones en que se realiza dicha producción. O lo que es lo mismo, la estructura de nuestro capitalismo periférico o dependiente, y las condiciones —geográficas, climáticas, culturales, sociales, etcétera—, en que dicha producción tiene lugar. Si esto no se valora lo suficientemente, estamos expuestos a perder pie con la realidad y, sobre todo, posibilidades de eficacia.

En Andalucía somos un pueblo, porque existe una base común de parentesco, basada en que nuestro subdesarrollo y nuestras condiciones generales de la vida de producción nos unen en una empresa solidaria: la de romper estos resortes que nos aprisionan. Sepamos, pues, estar a la altura de esta coyuntura histórica. ■ JOSE AUMENTE.